



Capítulo 571: Anoche

El norte del inframundo era una región que respiraba como una herida abierta. El nombre del territorio ya era un susurro temido: Anoche. Allí, las llamas infernales no se iluminaron como el resto del infierno; el cielo estaba eternamente oscuro, sin estrellas, sólo un manto de brea cortado por relámpagos ocasionales que explotaban dentro del propio cráter.

La ciudad creció alrededor de lo que todos llamaban simplemente La Boca—, el gigantesco cráter que daba acceso al Abismo, la frontera prohibida que incluso los Reyes Demonios trataban con cautela. De allí surgió un viento frío, impregnado de un olor seco y metálico, y quienes se acercaban podían oír murmullos, voces distorsionadas que parecían intentar persuadir a cualquier ser vivo a saltar.

Pero lo que mantuvo viva Anoche no fue sólo el miedo al Abismo, sino las riquezas que ofrecía. En las paredes del cráter, en las galerías que se extendían a su alrededor, los demonios extraían mineral vacío — fragmentos sólidos de una energía que no debería existir, materia extraída de la nada absoluta. Negro como la obsidiana líquida y brillante con reflejos gris plateado, cada astilla de este mineral podría alimentar forjas, armas o encantamientos capaces de rivalizar incluso con tesoros divinos.

Anoche había una ciudad de hierro y piedra, construida en anillos alrededor del cráter. El sonido constante de martillos golpeando el mineral y cadenas arrastrando carros resonaba por todas las calles. Demonios de todas las castas trabajaron, algunos voluntarios, otros condenados. Las tabernas nunca cerraron, porque todos sabían que el siguiente turno comenzaba antes de que sus gargantas hubieran terminado la última taza de bebida.

En el corazón de la ciudad se encontraba la Fortaleza de la condesa Ingrid Asmoday, brutal gobernante de la región. Un demonio temido, tan temido como irresponsable.



Y fue gracias a ella que Aveline, su asistente principal, vivía un infierno privado.

Aveline tenía treinta y seis años —una edad temprana para un demonio de sangre media—, pero ya llevaba las ojeras rojas de siglos bajo sus ojos oscuros. Su cabello negro siempre estaba atado en un moño desordenado, la punta de su pluma encantada nunca dejaba de rayar el pergamo y los pequeños cuernos en su frente se desgastaban por golpear puertas y paredes en ataques de ira.

Esa mañana —si Anoche hubiera mañanas— caminó por los pasillos con una pila de informes en sus manos, gruñendo maldiciones.

"¡Por el amor de Dios, ese bruto lo hizo de nuevo!" Ella gritó, pateando la puerta de una sala de discos. "¡Ingrid se zambulló en el Abismo como si fuera un paseo dominical! ¿Y a quién joder? ¡Yo! ¡Soy yo quien tiene que rehacer todo el cronograma de la semana, reorganizar los turnos de minería, manejar los contratos de exportación!"

Ella arrojó los pergaminos sobre la mesa, casi derribando el tintero. Otro grupo de esribas y contadores demoníacos se retiró en silencio, ya acostumbrados al huracán que era la rutina del asistente.

"¡Debería estar en una taberna ahora mismo!" Ella continuó furiosamente, haciendo girar su pluma en el aire. "¡Conocer demonios ricos y pomposos con alas grandes y cuernos pulidos! Una noche de vino, música y quizás un poco... ¡relajación física!"

Ella suspiró, murmurando en voz baja:



"Pero no... nunca. Nunca tengo tiempo. ¡No para salir, no para beber, no para dormir... porque a ese idiota le parece genial desaparecer en mitad de la noche para jugar en el maldito Abismo!"

Aveline garabateó, firmó, selló, organizó en pilas y luego gritó a sus asistentes:

"Tú! Entregar este contrato al departamento de transporte." Tú ahí, revisa las runas de contención en busca del tercer círculo de la mina, o el maldito vacío escapará y corroerá la mitad de la ciudad. Y tú... no me mires como una vaca embarazada, idate prisa!

La habitación parecía un campo de batalla de papeles voladores.

Fue entonces cuando sonó el fuerte golpe en la puerta.

Knock. Knock.



Aveline miró hacia arriba, irritada.

"¿Y ahora qué?"

La puerta crujió y entró un joven demonio que sostenía un sobre sellado con cera oscura.

"Sí... es para ti, Señora Aveline."

"Bien, más papel", se quejó, arrebatando el sobre de la mano de su subordinado. "Hazlo rápido, porque si es otro aviso tardío de la fundición, lo haré—"



Ella se detuvo.

El sello de cera quemada del sobre tenía la marca de Amón.

Un tridente en llamas rodeado de círculos.

Aveline sintió que se le secaba la garganta. El sudor frío le goteaba por la nuca.

"Oh... oh, no. No, no, no, no, no," murmuró, agarrándose la carta al pecho como si fuera una maldición. "¿Por qué él?!"

Amon, el Demonic Arclight número uno. El único capaz de convertir ciudades enteras en cenizas simplemente despertándose de mal humor. Al menos así lo veían la mayoría de los demonios. Algo bastante irreal... Sapphire tendría más probabilidades de acabar con una ciudad demoníaca.

Si envió una carta, nunca fue por "elogios." Fue una exigencia, una orden, una amenaza.

Las piernas de Aveline temblaron.

"Ingrid... perra irresponsable..." maldijo, mirando hacia arriba como si pudiera mirar fijamente a su condesa ausente. "¡Me dejas con todo el papeleo del mundo, vas a jugar al Abismo y ahora soy yo quien recibe una maldita carta de Amon?!"



Abrió la carta con las manos temblorosas. El sello se rompió y un olor a azufre quemado llenó el aire. Los escribas de la sala retrocedieron, algunos incluso dejaron caer papeles al suelo, temerosos de lo que estaba por venir.

Aveline respiró profundamente, leyó la primera línea y abrió los ojos.

"Él... él... chicos," ella tartamudeó. "¿Alguien puede... conseguirme alguna medicina? Me voy a desmayar..."

Un silencio mortal cayó sobre la habitación.

"Yo... voy a morir." "No he vivido nada, no he bebido nada, nunca he besado a nadie... y voy a morir tan joven..."



"¡Nadie quiere saber que eres virgen, directora! ¡Habla!" Un demonio le gritó que se diera prisa.

Aveline respiró como si se hubiera quedado sin aire. Sus ojos corrían línea por línea, pero el significado ya no importaba— ella sólo veía la oración impresa. Sus manos temblaban tanto que casi rompieron el pergamo.

Se puso de pie, con el rostro pálido para alguien con piel naturalmente rubicunda.

"Él..." su voz se apagó. Tragó saliva con fuerza, intentando recomponerse. "Él... viene aquí."

El efecto fue inmediato.

La sala de registros estalló en caos.



Un escriba dejó caer toda la pila de contratos, otro tropezó con sus propias alas tratando de huir, dos contadores comenzaron a gritarse unos a otros sobre lo que "era necesario ocultar" antes de que llegara Amon. El sonido de los tinteros rompiéndose en el suelo se mezcló con maldiciones y gritos.

"¡CÁLLATE!" Aveline rugió y su voz resonó como un latigazo cervical. Todos se congelaron.

Apoyó ambas manos sobre la mesa, respirando profundamente y repitió una vez más, casi con incredulidad:

"El Arconte Amón viene a Last Night... en persona."

Un breve escriba levantó la mano nerviosamente.

"¿Qué quieras decir en persona? ¿No envía mensajeros? ¿Famuli? Proyecciones de fuego?"

"¡Idiota!" Aveline hizo girar el pergamo frente a su cara. "Dice aquí. Él 'está de camino para una visita e inspección directa, asegúrese de que esté allí' ¡Inspección directa! ¿Sabes lo que eso significa?"

El escriba tragó fuerte.

"¿Qué... que lo va a ver todo... con sus propios ojos?"

"Exactamente, imbécil!" Aveline se frotó la cara con ambas manos. "Verá el retraso en la minería, notará que la condesa Ingrid desapareció y metió su trasero en el abismo, notará que los informes son un montón de mierda y, peor



aún, se dará cuenta de que estoy tratando de mantener unida esta ciudad con cinta adhesiva y desesperación!"

Ella arrojó la carta sobre la mesa. La foca de Amón todavía fumaba, como si se burlara de ella.

"Oh, por supuesto... ¿y yo? ¡Seré el primero en quemarme!" Aveline levantó los brazos teatralmente, como si ya pudiera sentir las llamas elevándose. "¡Nunca he besado a nadie, nunca he tenido una noche de placer y voy a terminar mi existencia como carbón porque Ingrid no puede mantener su trasero fuera del Abismo durante una semana!"

Un demonio de cuernos largos, el contable de mayor edad de la sala, se aclaró la garganta.

"Director, ¿cómo debemos prepararnos?"

Aveline se giró lentamente y su mirada brillaba como brasas.

"¿Cómo debemos prepararnos?" "Oh," repitió con una risa nerviosa. "Querido mío, estamos hablando de Amon. No hay preparación. Sólo estamos rezando para que esté de buen humor cuando ponga un pie aquí."

Ella comenzó a caminar de un lado a otro, mordiéndose la uña.

"Mierda, mierda, mierda... Necesito un plan... Necesito algo... Necesito..."

De repente, ella se detuvo. Todos se detuvieron y miraron a Aveline... Una mano le agarró la cabeza...



Una mano fría y anillada se cerró sobre la cabeza de Aveline. Unas uñas largas pintadas de negro le arañaban ligeramente la piel de la frente mientras el tacto la presionaba con una mezcla de afecto y dominio.

Aveline se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos. Ella reconoció ese toque incluso antes de escuchar la voz.

"Me parece lindo cómo me tratas cuando no estoy aquí..." El susurro era ronco, lleno de malicia, como humo saliendo de un brasero.

Toda la habitación quedó en silencio. El sonido de los tinteros rodando por el suelo parecía desvanecerse. Los escribas y contadores miraban de un lado a otro, tratando de entender de dónde había venido la voz.

Aveline giró lentamente su rostro hacia arriba—y la vio.



Allí estaba Ingrid Asmoday, la condesa de anoche. Ella no había entrado por la puerta ni la habían anunciado. Ella simplemente se quedó allí, inclinada sobre su asistente, como una sombra materializándose.

Su cuerpo, arqueado en postura felina, parecía dispuesto a atacar o seducir al mismo tiempo. Sus largos mechones negros caían como zarcillos de humo sobre sus hombros desnudos; el cuero apretado de su atuendo crujía suavemente mientras se movía. En sus caderas tintineaban cadenas plateadas y runas carmesí, y en su espalda descansaba una katana negra con un borde carmesí, atada con cintas rojas y pequeños talismanes.

Sus ojos, de un rojo intenso que bordeaba el neón, estaban ocultos detrás de gafas de color carmesí, reflejando la luz de la habitación con destellos demoníacos. La sonrisa que llevaba, la ligera curva de sus labios, era una mezcla de diversión y amenaza.



Inclinó aún más la cabeza y su nariz casi tocó la de Aveline. Su aliento olía a hierro y flores venenosas.

"Aveline, Aveline, Aveline..." dijo la condesa, alargando el nombre como si fuera música. "Siempre tan dramático. Hablas de mí como si fuera un niño travieso, pero mira: te dejé a cargo y la ciudad sigue en pie. ¿No es hermoso?"

Aveline luchaba por encontrar palabras, pero sentía la lengua pegada al paladar. Ella simplemente parpadeó confundida mientras Ingrid soltaba la cabeza y, con un gesto lento, pasaba los dedos sobre sus propias gafas.

"¿Estás nervioso?" Ingrid preguntó, inclinando la cara. "Sudando así... no suenas como mi implacable asistente principal."

Detrás de ellos nadie respiraba. Los escribas y contables que vivían a la sombra de la condesa se redujeron aún más. Fue como ver una tormenta prepararse dentro de la habitación.

Ingrid finalmente se enderezó. El cuero de su ropa crujía suavemente. Con una mano apoyó la katana sobre su hombro, dejándola allí como si fuera un mero adorno.

"Escuché que tenemos una visita", dijo casualmente, como si comentara sobre el clima. "El querido Amón decidió abandonar su trono y pasar por aquí."

Su sonrisa se amplió, revelando sus colmillos blancos como dagas.

"Perfecto. Extrañaba jugar."